

LA ESCRITURA BIOGRÁFICA Y LA ESCRITURA HISTÓRICA EN LOS SIGLOS XIX Y XX

Sabina Loriga¹

Resumen:

El presente texto propone un recorrido cronológico que permite conocer los momentos de encuentro y desencuentro entre las formas de escritura biográfica y las de escritura histórica. Revisa, además, antecedentes de las tensiones existentes entre Biografía e Historia en textos de antigua data (desde los clásicos griegos hasta Humboldt). Se detiene, entonces, en distintos momentos de guerra y de paz que se sucedieron en la frontera caliente entre la Biografía y la Historia. De este modo, las tensiones entre individuo y sociedad, genio y masa, héroe y hombre medio, por mencionar las más destacadas, son analizadas en sus contextos de aparición históricos e historiográficos. En este sentido, se presta especial atención a las corrientes historiográficas dominantes que tuvieron una voz destacada en Europa desde el siglo XIX y a los diálogos entre éstas y los principios de otras disciplinas sociales y humanas. Atendiendo a las renovaciones historiográficas de las últimas décadas, se presentan las formas en las que la Biografía ha sido recuperada, revalorizada y criticada.

Palabras claves:

Biografía, Historia, historiografía, hermenéutica, ciencias sociales.

Abstract

The article proposes a chronological review that allows know the moments of agreement and disagreement between the forms of biographical writing and the forms of historical writing. The article also reviews the trails of the existing tensions between Biography and History in old texts (from the classic Greeks to Humboldt). The article focuses, then, in different moments of war and peace that happened in the hot frontier between Biography and History. So, the article analyses the tensions between the individual and society, genius and mass, hero and average man (to mention the most prominent) in its historic and historiographical contexts. In this sense, the article focuses with special attention in the historiographical tendencies prominent in Europe since XIX Century, and its dialogues with the social sciences and the humanities. Attending to the historiographical renewals of the last decades, the article presents the forms through which the Biography has been recovered, revalued and criticized.

Keywords:

Biography, History, Historiography, Hermeneutics, Social Sciences.

Recibido: 30-03-2011

Aprobado: 12-09-2011

¹ École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS), Centre de Recherches Historiques, 190-198, Avenue de France, Bureau 540, Paris. E-mail: loriga@ehess.fr.

De las historias a la Historia

Durante muchos años los historiadores creyeron que su trabajo era el de preservar del olvido las acciones humanas.³ Esa idea radicaba en una imagen inmortal de la naturaleza. Eternos, los elementos naturales no tienen necesidad de la memoria para continuar existiendo; pero los seres humanos signados por la mortalidad (“sólo nosotros pasamos por delante de todo como aire que cambia”, escribe Rainer María Rilke)⁴ pueden transformarse en casi iguales a la naturaleza gracias a la historia. Desde esta perspectiva, el relato histórico tiene como eje indiscutido las grandes acciones y las grandes obras de las cuales los mortales son capaces, como aquellas realizaciones aterradoras de las que habla Sófocles.⁵

En los últimos doscientos años las cosas cambiaron. Después de finales del siglo XVIII, los historiadores arrinconaron las acciones y los sufrimientos de los individuos para tratar de descubrir el proceso invisible de la historia universal “aquel movimiento evolutivo de nuestro género, que debe ser considerado como su propio contenido, como su centro y como su esencia”.⁶ Las razones que indujeron a los historiadores a desinteresarse de los seres humanos en cuanto individuos, es decir a pasar de una historia plural (*die Geschichten*) a una historia única (*die Geschichte*), son varias.⁷ Sin lugar a dudas, pesaron dos difíciles sorpresas de la modernidad: por un lado, el descubrimiento de que también la naturaleza es mortal y por el otro, la progresiva pérdida de confianza en la capacidad de nuestros sentidos para aprehender la verdad del mundo (desde los tiempos de Copérnico, la ciencia no hace otra cosa que mostrarnos los límites de la observación directa).⁸ Paralelamente a estas transformaciones profundas, que van mucho más allá de nuestros actos conscientes y que por momentos se nos escapan, han influido tal vez algunas vicisitudes intelectuales menos trágicas, y hasta más banales. Ante todo, la esperanza de dar a las ciencias humanas bases científicas estables y objetivas. Se trató de un esfuerzo enorme de conocimiento, que indujo a las disciplinas más variadas (de la Demografía a la Psicología, de la Historia a la Sociología) a uniformar los fenómenos, muchas veces eliminando las diferencias, los descartes, las idiosincrasias.

La tendencia a uniformizar el pasado tuvo consecuencias graves, como ha señalado Hannah Arendt en una carta a Karl Jaspers del 4 de marzo de 1951. Volviendo, una vez más, sobre las tragedias políticas y sociales que han plagado el siglo XX, afirma que el pensamiento moderno perdió el gusto por las diferencias:

“Que es hoy el mal en su dimensión real no lo sé, pero no me parece que éste en cierta forma tenga que ver con este fenómeno: la reducción de los hombres en cuanto hombres, a seres absolutamente superfluos (...) En esta confusión, la Filosofía no está totalmente exenta de culpas. Por supuesto, no en el sentido en el que Hitler tenga algo que ver con Platón (...) pero sí en el sentido en el que la Filosofía occidental no ha tenido nunca un concepto puro de la política, tampoco podía tenerlo

³ Cfr. François Châtelet, *La naissance de l'histoire*, Paris, Les Editions de Minuit 1962. Traducción al español: México, Siglo XXI, 2009.

⁴ Rainer Maria Rilke, *Duineser Elegien*, Wiesbaden, Erschienen im Insel, 1950. Traducción al español: Cátedra, 1993.

⁵ Cfr. Hannah Arendt, “The modern concept of history”, en *Between Past and Future: Six Exercises in Political Thought*, New York, Viking Press, 1958. Traducción al italiano: Firenze, Vallecchi 1970.

⁶ Wilhelm Dilthey, “Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften”, en *Gesammelte Schriften*, Stuttgart/Göttingen, Teubner/Vandenhoeck & Ruprecht, vol. VII, 1910. Traducción al italiano: *Critica della ragione storica*, editado por Pietro Rossi, Torino, Einaudi 1954, p. 176.

⁷ Cfr. Reinhart Koselleck, *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp, 1979. Traducción al español: *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

⁸ Sobre la consciencia de la vulnerabilidad de la naturaleza, cfr. también Hans Jonas, *Philosophical Essays. From Ancient Creed to Technological Man*, Chicago, The University Chicago Press 1974. Traducción al español: Barcelona, Herder, 1998.

*porqué habló siempre de necesidad, del Hombre y se ocupó siempre de la pluralidad sólo accidentalmente”.*⁹

Evidentemente, esta pérdida de pluralidad concierne no sólo a la Filosofía sino también a la Historia. En los últimos doscientos años, nuestros libros de Historia se llenaron de relatos sin sujeto: hablan de potencias, naciones, pueblos, alianzas, grupos de intereses, pero sólo excepcionalmente de seres humanos.¹⁰ Tal como lo intuyó un escritor particularmente atento al pasado, Hans Magnus Enzensberger, la lengua de la Historia empezó a esconder a los individuos detrás de categorías impersonales: “la Historia es exhibida sin actores, las personas aparecen sólo como figuras accesorias, como un fondo escénico, como la masa oscura en el fondo de un cuadro: se habla de ‘los desocupados’, ‘los empresarios’”. Hasta los llamados *makers of history* aparecen privados de existencia real: “la suerte de los otros, aquellos de cuyo destino no se pronuncia una palabra, se venga de su suerte: éstos son inmovilizados como maniqués y se parecen a las figuras de madera que en las pinturas de De Chirico ocupan el lugar de los hombres”.¹¹ El precio ético y político de esta desertificación del pasado es muy alto. Según la fórmula de Isaiah Berlin, si se oculta la dimensión individual de la Historia:

*“Alejandro, César, Atila, Mahoma, Cromwell y Hitler son como inundaciones y terremotos, ocasos, océanos y montañas; podemos admirarlos o temerles, darles la bienvenida o maldecirlos, pero denunciar o enaltecer sus actos es tan razonable como dar sermones a un árbol”.*¹²

Creo que las palabras de Berlín tienen actualidad. Muestran cómo el peligro del relativismo, que corroe el principio de responsabilidad individual, no es una característica exclusiva de la llamada historiografía post-moderna, inspirada en Nietzsche, sino que también nace de una lectura impersonal del pasado que describe la realidad a través de las relaciones anónimas de poder. Berlín precisa:

*“insultar y elogiar, considerar que una acción es preferible a otra, acusar o defender figuras históricas por acciones que hacen o hicieron, resulta una actividad absurda. La admiración y el desprecio por éste o aquél individuo puede de hecho perdurar, pero se convierte en algo semejante a un juicio estético”.*¹³

Historia y Biografía: lo verdadero y lo verosímil

¿Cómo y cuándo tuvo lugar este sacrificio de la dimensión individual? La frontera que separa a la Historia de la Biografía fue siempre incierta y en absoluto pacífica. Ya en el período antiguo, Tucídides expresó un absoluto desprecio por las biografías. En su programa de una historiografía exacta, impersonal y universal hay poco espacio para un género narrativo que busca cautivar a un público popular. Dos siglos más tarde, Polibio escribe que la aproximación biográfica a la Historia, fundada sobre los métodos del teatro trágico, da lugar a confusiones entre la Poética y la Historia propiamente dicha. Sus consideraciones son parte de una discusión más vasta que se extiende en la historiografía griega, en la que el ideal de lo “verdadero” se opone a lo “verosímil” perseguido por el sofista Gorgias. Contrariamente a las concepciones de algunos historiadores de los siglos IV y III A.C. (como Filarco o Dúrides de Samo), que tenían como proyecto transformar la historia en

⁷ Hannah Arendt, *Briefwechsel 1926-69*, München, Piper 1985. Traducción al español: Barcelona, Herder, 2000.

¹⁰ Cfr. Philip Pomper, “Historians and Individual Agency”, en *History and Theory*, 1996, vol. 35, p. 281-308.

¹¹ Hans Magnus Enzensberger, “Letteratura come storiografia”, en *Il Menabò*, 1966, IX, p. 8.

¹² Isaiah Berlin, “Historical Inevitability” (1953), in *Four Essays on Liberty*, Oxford, Oxford University Press, 1969.

¹³ Arnaldo Momigliano, *The Development of Greek Biography*, Camb. Mass., Harvard University Press, 1971. Traducción al español: Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1986.

representación dramática, fundado sobre una imitación exacta o mimesis, Polibio consideraba correcto fijar y transmitir la verdad objetiva.¹⁴

La distinción entre Historia y Biografía, además, es confirmada desde la vereda opuesta, es decir, desde el campo biográfico. En la edad imperial, Plutarco ostenta un escaso interés por los factores estructurales y reivindica el primado de los signos del alma sobre la Etiología política:

*“Habiéndonos propuesto escribir en este libro la vida de Alejandro y la de César, el que venció a Pompeyo, por la muchedumbre de hazañas de uno y otro, una sola cosa advertimos y rogamos a los lectores, y es que si no las referimos todas, ni aun nos detenemos con demasiada prolijidad en cada una de las más celebradas, sino que cortamos y suprimimos una gran parte, no por esto nos censuren y reprendan. Porque no escribimos historias, sino vidas; ni es en las acciones más ruidosas en las que se manifiestan la virtud o el vicio, sino que muchas veces un hecho de un momento, un dicho agudo y una niñería sirven más para pintar un carácter que batallas en que mueren millares de hombres, numerosos ejércitos y sitios de ciudades. Por tanto, así como los pintores toman para retratar las semejanzas del rostro y aquellas facciones en que más se manifiesta la índole y el carácter, cuidándose poco de todo lo demás, de la misma manera debe a nosotros concedérsenos el que atendamos más a los indicios del ánimo, y que por ellos dibujemos la vida de cada uno, dejando a otros los hechos de grande aparato y los combates”.*¹⁵

Las palabras de los clásicos han tenido suerte dispar entre los historiadores modernos. La desconfianza en la biografía es confirmada en 1599 por John Hayward, el llamado Tácito inglés, que en su *Life and reign of King Henrie III*, aconseja no confundir “el gobierno de los Estados poderosos” con “las vidas y las obras de los hombres ilustres”.¹⁶ Un siglo más tarde, Thomas Burnet, el capellán de Guillermo III, atribuye una gran importancia a la Historia, pero reconoce sólo un valor accesorio y ornamental a la reflexión biográfica:

*“la vida de los filósofos, los nacimientos las muertes, los honores, los viajes, las acciones buenas o malas y cosas de ese estilo integran y embellecen a la materia abordada, pero son de menor importancia en la búsqueda de orígenes y progresos del conocimiento humano o en la comprensión de la Providencia”.*¹⁷

Sin embargo, la separación proclamada por Polibio, entre Biografía e Historia no es siempre compartida. En el siglo VIII, Beda el Venerable declara que la biografía no es otra cosa que historia vista desde más cerca. Por su parte, en la Edad Moderna, los principales manuales de Paleografía, de Diplomática y de Historiografía (de Jean Bodin a Agostino Mascardi y a Gabriel Mably) asimilan la biografía a una forma de escritura histórica en absoluto legítima. En el siglo XVII Thomas Stanley, el filólogo inglés célebre por su edición crítica de las tragedias de Esquilo, define a la biografía de los legisladores, de los generales y de los sabios, nada menos que como la forma más elevada de la Historia.¹⁸ En el siglo siguiente se comparte ampliamente la idea de que el destino individual de los hombres ilustres permita comprender de manera más inteligible las elecciones de una nación. David Hume está convencido que el carácter individual de Carlos I fue fatal para la causa absolutista en Inglaterra. Algunas décadas más tarde, Voltaire no celebra ningún culto de los héroes, pero está convencido de que “las grandes almas permiten reconocer las sorpresas de la historia, aquellos sucesos imprevisibles, fundamentales en un dominio en el que no siempre sucede

¹⁴ Plutarch, *Greek Lives*, Oxford-New York, Oxford University Press, 1998.

¹⁵ Plutarco, *Vidas paralelas*, México DF, Editorial Porrúa, p.213.

¹⁶ Cfr. John Garraty, *The Nature of Biography*, London. Knopf, 1957, p. 70.

¹⁷ Cfr. Mario Longo, *Historiae philosophiae philosophica. Teorie e metodi della storia della filosofia tra Seicento e Settecento*, Milano 1986, p. 39.

¹⁸ Sobre la historiografía medieval y del Renacimiento cfr. Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship. Language, Law and History in the French Renaissance*, New York-Londres, Columbia University Press, 1970; Denis Hay, *Annalists and Historians. Western Historiography from the Eight to the Eighteenth Centuries*, Londres, Methuen & Co., 1977, Traducción al italiano: Bari, Laterza, 1981.

lo verosímil”. Como en los cuadros de Géricault o de David, solo el rostro del héroe resaltado por encima de la multitud anónima que ocupa el fondo, expresa el *Zeitgeist*, el espíritu de la época.¹⁹

En suma, a lo largo de los siglos, la frontera entre Historia y Biografía fue terreno de disputas y querellas; al menos hasta el momento en el que el pensamiento histórico llegó a su apogeo. En las páginas siguientes, examinaré momentos clave en la batalla que se mantuvo en esta frontera agitada. El primero se remonta a finales del siglo XVIII y a los inicios del XIX y está ligado, sobre todo, al impacto y al éxito de la Filosofía de la Historia. Mientras que el segundo se ubica en el corazón de la historiografía y coincide con el divorcio entre historia social e historia política, que tuvo lugar en las últimas décadas del siglo XIX.²⁰ En ambos casos, se verá como la totalidad devino la categoría explicativa del devenir.

Totalidad y devenir: los inicios de la Filosofía de la Historia

Tal como se señaló, el primer ataque contra el individuo fue lanzado por la Filosofía. En su breve ensayo sobre la finalidad de la historia escrito en 1784, Immanuel Kant representa al hombre como un medio a través del cual la naturaleza realiza sus fines y afirma que la Historia debe elevarse por encima del individuo y pensar en grandes escalas, porque todo lo que en los individuos se revela confuso e irregular, constituye una sucesión de eventos unitarios y sistemáticos, típicos de la totalidad de la especie:

*“los individuos, pero también los pueblos enteros, piensan poco en el hecho de que mientras persiguen sus propósitos, cada uno con su capacidad y muchas veces uno contra otro, avanzan sin darse cuenta hacia el propósito de la naturaleza”.*²¹

Con la emergencia de una visión providencia de la historia, la dimensión biográfica se convirtió en algo marginal. Después de haber confirmado la unidad *a priori* de la historia, Fichte niega el valor independiente del individuo frente a lo universal, subraya que solamente cuenta el progreso de la vida de la especie, “de ninguna manera la de los individuos”. También Hegel piensa que hay que suprimir la dimensión concreta de la existencia a un *Welt-plan*; los individuos constituyen una masa superflua, que no debe hacer sombra a lo que cuenta en la historia. Cuando los eventos del mundo, hasta los más lejanos o los más aberrantes, son dialécticamente integrados en un horizonte teleológico (el desarrollo infinito y necesario de la humanidad), los individuos (incluso las grandes figuras superiores de la historia, como César o Napoleón inmortalizado en el campo de batalla de Jena) aparecen como instrumentos de la razón que efectúan todo, aun lo que quizás no comprenden, para cumplir un destino que los trasciende:

*“La meta a la cual tienden inconscientemente los destinos individuales de la historia mundial están imprevisiblemente relacionados con lo los hombres que creen libremente desear, un impulso que parece ciego y que sin embargo ve más lejos de los intereses personales conscientes. Por ello, los hombres realizan con una comprensión instintiva el fin del cual son instrumento. Éstos actúan históricamente, en cuanto son impulsados por la potencia y por la astucia de la razón (List der Vernunft), que es el concepto racional de la Providencia”.*²²

¹⁹ Sobre la historiografía iluminista, cfr. Friedrich Meinecke, **Die Entstehung des Historismus**, Munich, R. Oldenbourg, 1965. Traducción al italiano: Firenze, Sansoni, 1954, caps. IV y V.

²⁰ Cfr. Judith Schlanger, **Les métaphores de l'organisme**, Paris, Vrin 1971.

²¹ Immanuel Kant, **Idee zu einer allgemeinen Geschichte in welt-bürgerlicher Absicht (1784)**, in **Kants Gesammelte Schriften**, Berlin 1902. Traducción al italiano: Bari-Roma 1995, Filippo Gonnelli, pp. 29-30. Sobre la peculiaridad del finalismo kantiano, cf. Ludwig Landgrebe, **Phänomenologie und Geschichte**, Gütersloh, Gütersloher Verlagshaus Gerd Mohn, 1968, cap. III.

²² Karl Löwith, **Meaning in History. The Theological Implications of the Philosophy of History**, Chicago, The University of Chicago Press 1949. Traducción al español: Madrid, Aguilar 1968.

Tal como lo observó Karl Löwith, sobre este punto el marxismo no representa una fractura en lo que respecta a la Filosofía clásica alemana: “el principio fundamental de Marx, expresado ya en *La ideología alemana*, mostraba ser el mismo que el de Hegel, versaba sobre la confianza en la filosofía futura de realizar la unidad de la razón y de la realidad, de la esencia y la existencia”.²³

En esta concepción providencial del devenir, entendido como un esfuerzo gradual a través del cual la humanidad realiza sus fines superiores, el individuo queda completamente aplastado por la ley. Una ley dramática e implacable, porque es inmune a los accidentes. El olvido de la persona coincide casi siempre con la negación del caso o, al menos, con un su debilitamiento parcial, por ejemplo el resultado de la batalla de Waterloo fue seguramente condicionado por la lluvia torrencial que cayó durante toda la noche entre el 17 y el 18 de junio de 1815, pero aquellas gotas de agua fueron enviadas por el dios de la historia. Víctor Hugo expresa poéticamente este tipo de causa providencial. Después de haber contado que Oliver Cromwell habría querido partir hacia Jamaica y Honoré Gabriel Mirabeau hacia Holanda, pero que los dos habían sido detenidos por una prohibición del Rey, comenta:

“Ahora bien, elimináis a Cromwell de la revolución de Inglaterra, elimináis a Mirabeau de la revolución de Francia, elimináis incluso de las dos revoluciones, dos cadalsos. ¿Quién sabe si Jamaica no hubiese salvado a Carlos I, y Batavia a Luis XVI? Pero no, es el rey de Inglaterra quien quiere conservar a Cromwell; es el rey de Francia quien quiere conservar a Mirabeau. Cuando un rey es condenado a muerte, la providencia le venda los ojos.”

En definitiva, detrás del caso y del evento humano está siempre la mano de Dios:

*“Eh! Quien sólo sienta en este tumulto y en esta tempestad, en medio de este combate de todos los sistemas y de todas las ambiciones que hacen tanto humo y tanto polvo, bajo este velo que aún esconde a los ojos la resolución social y providencial a duras penas esbozada, detrás de esta nube de teorías, de pasiones, de quimeras, que se cruzan, se chocan, y se devoran entre sí en una especie de día sombrío que ellas desgarran de sus destellos, a través de este ruido de la palabra humana que habla a la vez todas las lenguas por todas las bocas, bajo este violento torbellino de cosas, de hombres e ideas que se llama siglo XIX, algo grande se realiza! Dios permanece en calma y hace su obra”.*²⁴

Una reacción a la concepción providencial de la Historia: Wilhelm von Humboldt

Esta concepción providencial y teleológica del devenir propuesta por la Filosofía de la historia, provoca la reacción de muchos historiadores. Primeramente, la de Wilhelm von Humboldt, que en los dos ensayos sobre la historia universal de 1814 y de 1818 y en su célebre discurso sobre la tarea del historiador de 1821, rechaza los sistemas filosóficos de Fichte y Hegel (pero también de Kant) por estar fundados sobre una imagen abstracta del hombre, que apunta a “reducir el carácter aleatorio y disperso de los hechos bajo un único punto de vista, deduciendo lo uno de lo otro en base a un principio de necesidad”.²⁵ Por esta razón, opone a la Filosofía de la Historia una Física de la Historia, concentrada en una doble dimensión –racional y sensible- de los hombres.

Ciertamente Humboldt reconoce la noción de uniformidad señalada por Kant. Los seres humanos, sobre todo cuando actúan colectivamente, se atienen a una cierta uniformidad. Esto quiere

²³ Karl Löwith, **Meaning in History**, opcit., p. 71.

²⁴ Victor Hugo, “Sur Mirabeau” (1834), in *Id, Littérature et Philosophie mêlées*, Edition critique établie par Anthony R.W. James, t. II, Paris, Editions Klincksieck 1976, pp. 285, 331. Traducción al español: Fondo de Cultura Económica, 1993.

²⁵ Wilhelm von Humboldt, “Betrachtungen über die bewegenden Ursachen in der Weltgeschichte” (1818), in **Gesammelte Schriften**, Berlin, Berh'Verlag, 1904, vol. 3, p. 350. Traducción al español: Madrid, Editorial Tecnos, 1997.

decir que la naturaleza comprende también la índole moral de las personas. Si examinamos en serie eventos aparentemente fortuitos –como los matrimonios, los decesos, los nacimientos ilegítimos, o los crímenes –descubrimos una regularidad sorprendente, explicable sólo por el hecho de que en las acciones de los hombres hay también un componente natural, que se manifiesta cíclicamente según leyes uniformes. Sin embargo, la historia no es sólo un producto de la naturaleza; ésta es también dominada por la fuerza creadora del carácter humano: el individuo no puede ser explicado, señala Humboldt, “sobre la base de alguno de los influjos sufridos (es más, es la individualidad la que determina éstos últimos con su reacción). Aún si la materia de la acción fuera idéntica, la acción sería siempre distinta en virtud de la forma individual”²⁶.

En otros términos, la naturaleza es siempre modificada, tal vez de formas desconocidas e imprevisibles, por la actividad humana. Basta con que un espíritu fuerte, dominado más o menos conscientemente por una gran idea, medite sobre un material susceptible de tomar forma, para que el resultado sea emparentado a la idea y por lo tanto extraño del curso habitual de la naturaleza. Cuando habla de actividad humana, Humboldt no piensa sólo en las acciones de los grandes hombres:

“que la acción del genio y de la pasión profunda pertenezca a un orden de cosas distinto del curso mecánico propio de la naturaleza es innegable, pero tomado rigurosamente, éste es el caso que se verifica en cada resultado de la individualidad humana”.²⁷

Por medio de estas reflexiones, Humboldt sugiere dos puntos extremadamente importantes. En primer lugar, la dimensión ética de la historia. Ésta no tiene nada de moral, no debe ofrecer ejemplos edificantes o aborrecibles; los ejemplos no tienen ninguna utilidad y se corre el riesgo de que sean desviantes. Sin embargo la historia está fundada sobre una ética en la medida que, según la fórmula de Leopold von Ranke que data de 1860, la historia devela el drama de la libertad:

“la Historia se mueve sobre es el sentido de la realidad (Sinn für Wirklichkeit) y contiene la naturaleza efímera de la existencia en el tiempo y la conciencia de la dependencia de causas precedentes y concomitantes, es al mismo tiempo la conciencia de una libertad espiritual”.²⁸

Contemporáneamente, Humboldt recuerda que el sentido globalizante del historiador no coincide con el concepto de una totalidad ideal, no es ni único ni englobador, pero sí multipolar, lleno de vida, conflictivo, hecho de diferencias y de contrastes. En 1803, en una carta a Karl von Brinckmann, encuentra una fórmula para esta afirmación, cuándo dice sentirse “estimulado no hacia el Uno, que sería la totalidad (un nuevo concepto equivocado) sino, hacia una unidad en que cada concepto humano, cada oposición entre la unidad y la pluralidad se entrelazan”.²⁹

Como ya se señaló, la reflexión de Humboldt será retomada en los años sucesivos por otros historiadores, como Johannes Droysen o Jakob Burckhardt. Desde ciertas perspectivas, la tentativa de la Filosofía de la Historia de exceder las huellas individuales del pasado y, por lo tanto, de eliminar sus particularidades, encontró resistencias eficaces por parte de los historiadores y alimentó reflexiones extremadamente ricas tendientes a defender la pluralidad del pasado.

El nacimiento de las Ciencias Sociales y el “hombre medio”

²⁶ Wilhelm von Humboldt, “Betrachtungen über die bewegenden Ursachen in der Weltgeschichte” (1818), op cit., pp. 360 y ss.

²⁷ Ibid.

²⁸ Wilhelm von Humboldt, “Über die Aufgabe des Geschichtsschreibers” (1821), in **Gesammelte Schriften**, op cit.

²⁹ Wilhelm von Humboldt, **Briefe an Karl Gustav von Brinckmann**, hrsg. von Albert Leitzmann, Leipzig, Verlag Karl W. Hiersemann, 1939, p. 151 y ss.

El segundo pasaje importante que profundiza la brecha entre Historia y Biografía se remonta a finales del siglo XIX. Tal como lo intuye Johann Gustav Droysen, un historiador meditativo: “nuestra ciencia se ha recientemente liberado del abrazo filosófico-teológico, y he aquí que las ciencias de la naturaleza quieren volver a apropiársela”.³⁰ En realidad, el peligro proviene más que de la ciencia, de algunas de las jóvenes disciplinas sociales, como la demografía o la sociología, deseosas de adquirir un estatus científico indiscutible.

En los años treinta, Lambert Adolphe Quételet acuña la noción de “hombre medio”, con la esperanza de elaborar una mecánica social, capaz de definir las leyes que rigen los fenómenos intelectuales y morales como si fueran leyes Físicas:

“El hombre que considero aquí, es en la sociedad lo que el centro de gravedad es en el cuerpo; él es el punto medio alrededor del cual oscilan los elementos sociales: éste será, si se quiere, un ser ficticio para quien todas las cosas pasarán conformemente a los resultados promedios obtenidos por la sociedad.”.

La noción de “hombre medio” implica el sacrificio oficial de todo aquello que es demasiado particular o anómalo:

*“Debemos, ante todo, perder de vista al hombre tomado aisladamente, y considerarlo sólo como una fracción de la especie. En el despojo de su individualidad, eliminaremos todo lo que sea accidental; y las particularidades individuales que tengan poca o nula acción sobre la masa se borrarán ellas mismas y permitirán comprender los resultados generales”.*³¹

En las décadas sucesivas, la idea de “hombre medio” adquiere un gran éxito. Convencidos de que los seres humanos no se alejan de las leyes universales de causalidad, Henry Thomas Buckle, Grant Allen e Louis Bourdeau insisten sobre la fuerza de los vínculos externos, en particular de aquellos geográficos, y representan a los seres humanos como hormigas que tejen de manera anónima la trama de la vida social (de la misma manera en la que las células reconstruyen los tejidos orgánicos).³² Según Herbert Spencer, esto es válido también para los grandes hombres: “junto con la entera generación de la que constituye una pequeña parte, con sus instituciones, con su lengua, con su ciencia, con sus costumbres, con sus artes y múltiples oficios, (el genio) es sólo el resultante de un enorme conglomerado de fuerzas que ya han actuado juntas durante siglos”.³³ Desde esta perspectiva, la ciencia tiene la tarea de explicar al hombre promedio de cada raza, renunciando a las variaciones morfológicas y a las diferencias individuales. Por más importante que pueda ser una persona común, sus pensamientos y sus acciones no tienen ningún interés histórico. Con un significativo deslizamiento lingüístico, los “signos del alma” de Plutarco, que ya habían sido devaluados a “pequeñeces” por Hegel, se convierten en “unas idiosincrasias personales” por nivelar y, tal vez, por eliminar.

La impersonalidad: criterio del procedimiento científico

³⁰ Johann Gustav Droysen, **Historik. Die Vorlesungen von 1857**, hrgs. von P. Leyh, Stuttgart-Bad Canstatt, 1977; Texte zur Geschichtstheorie. Mit ungedruckten Materialien zur ‘Historik’, hrgs. von G. Birtsch u. J. Rüsen, Göttingen 1972. Traducción al italiano: Napoli, Guida 1994, p. 95.

³¹ Adolphe Quételet, **Sur l’homme et le développement de ses facultés ou Essai de physique sociale**, Paris, Bachelier 1835, pp. 51 y ss.

³² Henry Thomas Buckle, **History of Civilization in England**, London, John W. Parker and Son 1858; Grant Allen, “Nation Making”, **Gentleman’s Magazine**, 1878 (rist. in *Popular Science Monthly Supplement*, 1878, pp. 121-126); Grant Allen, “The Genesis of Genius”, **Atlantic Monthly**, march 1881, XLVI, pp. 371-381; Louis Bourdeau, **L’histoire et les historiens. Essai critique sur l’histoire considérée comme science positive**, Paris, F. Alcan, 1888.

³³ Sobre esta cuestión, es importante subrayar la influencia del pensamiento racial sobre el proceso de despersonalización de las ciencias sociales.

En el siglo XIX, muchos historiadores adhieren a esta nueva batalla contra la biografía en nombre de la ciencia. Algunos de ellos se muestran hasta ansiosos por abandonar los hábitos de la reflexión moral, para vestir aquellos más nuevos y vistosos de las ciencias sociales, modelados sobre el ejemplo de las ciencias de la naturaleza. Por este motivo, aun no apreciando el determinismo extremo de Buckle, de Spencer o de Bourdeau, comparten la idea de afirmar de una vez y para siempre la impersonalidad como criterio fundamental de la cientificidad.

John Fiske, por ejemplo, autor de numerosos textos de historia norteamericana tuvo la esperanza, en cierto modo, de realizar una “gran revolución historiográfica”:

*“Desde mediados del siglo XIX, la revolución que ha tenido lugar en el estudio de la historia es tan grande y profunda como la revolución paralela que, bajo la guía de Mr. Darwin, ha estado afectando el estudio de la biología. La brecha en el conocimiento que separó a Edward Freeman [el historiador de los normandos] en 1880 de un Thomas Babington Macaulay en 1850 es tan grande como la brecha que separó a John Dalton y Humphrey Davy de los creyentes en el flogisto. Aun así, en los principales trabajos por los cuales estos inmensos cambios han tenido lugar –como los de Henry Maine y William Stubbs, Numa Fustel de Coulanges y Maurer- la biografía ha jugado un papel totalmente subordinado o no ha tenido importancia alguna”.*³⁴

En Francia, Émile Durkheim reconoce a los grandes hombres una función política importante: «una sociedad en la que el genio es sacrificado por la masa tiene un amor ciego por la igualdad estéril, se condena ella misma a una quietud que no difiere de la muerte». ³⁵ Pero los considera un elemento de molestia para las ciencias sociales, que deben estudiar los modos de pensar, de sentir y de actuar independientes de los individuos. Deriva de esta convicción, la célebre comparación entre el hecho social y la estadística:

*“Como cada una de estas cifras comprende todos los casos particulares indistintamente, las circunstancias individuales que pueden tener en alguna parte de la producción del fenómeno se neutralizan allí mutuamente y, por ende, no contribuyen a determinarlo”.*³⁶

Esta idea es retomada, pocos años más tarde, por François Simiand partidario de un proyecto de unificación de las ciencias sociales. Aun reconociendo el elemento interpretativo de la Historia, Simiand sostiene que el historiador debe estudiar aquello que es objetivo, independientemente de la espontaneidad individual:

“Una norma legal, un dogma religioso, una superstición, un uso, la forma de la propiedad, la organización social, una cierta visión del trabajo, un cierto proceso de intercambio, una cierta manera de habitar o de vestirse, un precepto moral, etc., todo eso me es dado, me es provisto todo

³⁴ John Fiske, “Sociology and hero-worship”, *Atlantic Monthly*, January 1881, p. 81. En este sentido, es interesante observar la doble imagen de Darwin. Fiske lo usa en clave autobiográfica: todo aquello que es individual asume, para él, un aspecto superficial y demasiado veloz. Pero otros autores recurren a la teoría de la evolución para redimensionar el determinismo geográfico. Es lo que hace William James en dos breves ensayos en los que defiende la noción de gran hombre a través del concepto de variación espontánea: “yo digo que, en su complejidad, la relación del ambiente visible y del hombre de genio es precisamente la misma de aquella que es la variación darwiniana. El ambiente lo acoge o lo expulsa, lo conserva o lo destruye, a pocos lo elige”. William James, “Great men and their Environment”, *Atlantic Monthly*, 1880, p. 295. Cfr. anche William James, “The Importance of Individuals”, *Open Court*, 1890. Ambos textos fueron republicados en *Will to Believe and Other Essays in Popular Philosophy*, New York-London, Longmans 1897. Una Posición análoga es sostenida por Henri Berr, “La méthode statistique et la question des grands hommes”, *Nouvelle Revue*, 1 et 15 juin 1890.

³⁵ Emile Durkheim, “Le rôle des grands hommes dans l’histoire” (1883), in *Textes. 1. Eléments d’une théorie sociale*, Paris, Les éditions de Minuit 1975. Traducción al español: Madrid, Editorial Morata, 1993.

³⁶ Emile Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique* (1895), Paris, Puf 1963, p.10. Traducción al español: México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

constituido, todo eso existe en mi vida independientemente de mis propias espontaneidades y a veces a pesar de ellas.”

El ídolo político, el individual y el cronológico (definidos como los tres “*idoles de la tribu des historiens*”) están sin realidad y deben ser sustituidos por otros objetos, como el repetitivo, el regular, el típico:

“La ley es aquí, como en las otras ciencias positivas, seguir las abstracciones felices, es decir aquellas que conducen a establecer, aquellas que son apropiadas para poner en evidencia, algunas regularidades”.

Además para Simiand, la causalidad histórica no tiene la forma de la motivación, sino la de la ley:

“Establecer un vínculo causal no se realiza entre un agente y un acto o entre un poder y un resultado, sino entre dos fenómenos exactamente del mismo orden; implica una relación estable, una regularidad, una ley. No hay causa, en el sentido positivo de la palabra, más que ahí donde hay ley, o al menos donde sea concebible”.

Y continúa:

*“Sólo hay relación causal (...) si hay regularidad de conexión, si hay renovación idéntica de la relación constatada; el caso único no tiene causa, no es científicamente explicable”.*³⁷

El sueño de construir una historia impersonal seduce también a algunos historiadores alemanes. En 1896, Karl Lamprecht, el fundador del Instituto para la *Kultur-und Universalgeschichte* de la Universidad de Leipzig, abstrae de las ciencias naturales un concepto normativo y absoluto de ciencia y lo extiende a todas las disciplinas sociales. Para dotar a la Historia un status científico indiscutible, propone introducir de manera sistemática el principio de causalidad. Dado que la ciencia tiene el deber de conocer la concatenación necesaria de causa y efecto, que se representa uniforme en todos los procesos particulares, también la historia debe ocuparse sólo de aquello que es comparable y típico. El método histórico-cultural coincide con la aceptación de una causalidad absoluta también en el campo espiritual y “opera con los métodos específicos de las ciencias comparativas; con la síntesis, comparación y generalización inductivas”. Esta perspectiva implica, también para él, el sacrificio de las diferencias. El historiador puede, más aún debe, renunciar a recoger en las cosas aquello que las separa para descubrir lo que las une. Por lo tanto, no debe considerar a los individuos como a seres particulares, dotados de un carácter preciso, único, irrepetible, mucho menos como a seres capaces de actuar sobre el curso de la historia, sino como prototipos genéricos y equivalentes entre ellos, dominados únicamente por las ideas, los sentimientos y los impulsos comunes al grupo de pertenencia. Contrariamente a los historiadores marxistas, que privilegian la noción de clase, para Lamprecht la unidad social determinante en condición de explicar la totalidad de los procesos es la nación, entendida no en sentido jurídico y estatal sino en sentido romántico, como organismo que evoluciona según leyes propias. Es un punto de disenso interesante: el concepto de nación no representa más un elemento de individualización del pasado, como lo era para muchos historiadores de las primeras décadas del siglo XIX, sino una grandeza regular de la vida histórica.³⁸

³⁷ François Simiand, “Méthode historique et science sociale”, *Revue de synthèse historique*, 1903, republicado en *Annales*, 1967, 1, pp. 87, 91, 95, 105.

³⁸ Cfr. Karl Lamprecht, “Was ist Kulturgeschichte? Beitrag zu einer historischen Empirik”, en *Deutsche Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 1896-97, I, pp. 75-150, tr. it. *Archivio di storia della cultura*, 1992, V, pp. 325-90. Sobre el nexo entre historia social y nacionalismo étnico, en las décadas sucesivas, cfr. Jürgen Kocka, “Ideological repression and

Claro que, también en este período, existen voces que no están de acuerdo en sacrificar la dimensión concreta de la existencia humana en nombre de la ciencia. Pero, lamentablemente, muchos de aquellos que defienden la naturaleza singular de la historia continúan cultivando la retórica de la grandeza personal. A las fuerzas sociales anónimas enarboladas por Simiand y por Lamprecht, son opuestos los grandes hombres políticos, con capacidad de modelar la realidad. Hasta quien no cede a la ideología heroica, sueña con individuos imposibles, totalmente intencionales y libres. Friedrich Meinecke habla de un “indisoluble, unitario, apriorístico núcleo central del individuo”, mientras que Eduard Meyer contrapone los individuos históricamente determinados a los individuos indiferentes: “cuyos nombres pueden ser mencionados en la historia sólo porque fueron por casualidad los vehículos de un proceso histórico particular, como oficiales, diplomáticos, empleados, etc.; de éstos, entonces, tienen interés histórico en este proceso sólo el nombre y la actividad, pero no sus caracteres”.³⁹

Lo más grave es que la primacía del gran hombre va casi siempre de la mano de la primacía de la política. Sólo el estado parece digno de consideración histórica. Tal como escribe irónicamente el historiador alemán Eberhard Gothein, el *leitmotiv* propone reservar a los historiadores políticos, las acciones de gran importancia y los hechos del estado, mientras que deja a los historiadores de la cultura, el recipiente de la basura y el galpón de las cosas viejas (*das Kehrichtfass und die Rumpelkammer*).⁴⁰ En un período signado por un fuerte crecimiento del poder estatal y por la afirmación de las masas como sujeto político, los artículos de la *Historische Zeitschrift* ignoran los problemas sociales (no hay familias, fábricas, ni periferias) y achatan a la política identificándola con la ideología manifiesta, formal, de las instituciones del estado.⁴¹

Los peligros innatos en una definición tan ideal de la política serán evidentes en las décadas posteriores a la Primera Guerra Mundial, cuando muchos historiadores de la política se demostrarán incapaces de entender las graves tensiones sociales que sacuden a Alemania, y la Europa toda. Es de lo que se dará cuenta Eduard Spranger, uno de los inspiradores de la morfología histórica: arrestado por la Gestapo por sospecha de complicidad en la conspiración contra Hitler del 20 de julio de 1944, confiará a Meinecke que “las ideas de Goethe no bastan para entender nuestro actual infierno”.⁴²

Me parece que, al menos en ciertos aspectos, la Historia sale profundamente debilitada del debate metodológico de finales del siglo XIX. Las intervenciones más ricas y complejas, como la de Otto Hintze, fueron “pisoteadas” por los principales contendientes. De esta forma, en el paisaje historiográfico fue tempranamente conocida una distinción conceptual, por demás discutible, entre historia social e historia política. En las décadas sucesivas, la primera cultivará su vocación impersonal, mientras que la segunda continuará poblando el pasado de personajes decorativos e íntegros (olvidando la advertencia de Bismarck: “generalmente se exagera mucho mi influencia (...) pero no obstante todo, a nadie se le ocurrirá exigir de mí que yo haga la Historia”).⁴³ El resultado de esta situación puede parecer desgarrador, sobre todo si se piensa que en los mismos años, dos pensadores que excedían ampliamente las fronteras de la disciplina histórica, como Max Weber y

methodological Innovation: Historiography and the Social Sciences in the 1930s and 1940s”, en **History and Memory**, 1990, 2, pp. 130-138.

³⁹ Friedrich Meinecke, “Zum Streit und die kollektivische Geschichtsschreibung”, en **Historische Zeitschrift**, 1896, 76. Traducción al italiano: **Pagine di storiografia e filosofia della storia**, Napoli 1984, pp. 153-162; Eduard Meyer, “Zur Theorie und Methodik der Geschichte” (1902), in **Kleine Schriften**, Halle, Niemeyer 1924 (seconda edizione), vol. I. Traducción al italiano: Napoli, Guida 1990, p. 110.

⁴⁰ Eberhard Gothein, **Die Aufgaben der Kulturgeschichte**, Leipzig 1889.

⁴¹ Encontramos este tipo de planteo en **History and Biography. Essays in Honour of Derek Beales**, edited by T.C.W. Blanning and David Cannadine, Cambridge, Cambridge University Press, 1996.

⁴² Klaus Epstein, “Friedrich Meinecke, Ausgewählter Briefwechsel”, en **History and Theory**, 1965, p. 85.

⁴³ La declaración de Bismarck, hecha el 16 de abril de 1869 en el Reichstag de la Alemania del Norte, es reportada por Gheorghii V. Plechanov, **Über die Rolle der Persönlichkeit in der Geschichte** (1898), Berlin 1945. Traducción al italiano: Roma, Edizioni Rinascita 1956.

Wilhelm Dilthey, estaban desarrollando algunas reflexiones extremadamente ricas e innovadoras sobre la relación entre la Biografía e Historia.

Historia Social e Historia Política

Durante el curso del siglo XX la imagen de la historia biográfica se deterioró. Tal vez la desconfianza en la escritura biográfica estaba en su apogeo.⁴⁴ La batalla contra la historia historisante, comenzada en las páginas de la *Revue de synthèse historique*, es ganada por los historiadores de los *Annales* que intentan recoger, más allá de los sucesos individuales, el substrato profundo de la Historia: las estructuras sociales, las representaciones mentales, los fenómenos de larga duración. En breve tiempo la Biografía se convierte en el emblema de la historia tradicional, *évènementielle*, más atenta a la cronología que a las estructuras, a los grandes hombres que a las masas. Para Marc Bloch y Lucien Febvre, el objeto de la Historia es el hombre “o mejor, los hombres. A una ciencia de lo diverso se impone mejor que lo singular, favorable a la abstracción, el plural, que es el modo gramatical de la relatividad”.⁴⁵ Pero los historiadores de la segunda y de la tercera generación de los *Annales* absorben las tensiones individuales en las estructuras colectivas de larga duración. Fernand Braudel define a los sucesos nada menos que como polvo (“una agitación de la superficie”) y trata a los individuos como una pátina, brillante pero superficial, de la realidad. Desde aquí, su insistencia sobre el carácter ilusorio de las acciones humanas: “todo esfuerzo contrario al sentido profundo de la historia está condenado por anticipado”; más allá de algunas excepciones (como el Papa Pio V o Don Juan de Austria) los seres humanos son del todo impotentes (Carlos V, por ejemplo es presentado como un caso calculado, preparado y querido por España, y no el artífice del proyecto imperial).⁴⁶

La desconfianza ante la dimensión individual no es como una prerrogativa exclusiva de la historia social. En los años sesenta y setenta, durante el boom de las grandes investigaciones de la historia serial, algunos historiadores esperan evaluar en términos cuantitativos también los fenómenos culturales (aquello que Pierre Chaunu define como el “tercer nivel”. François Furet sostiene que la noción de clases subalternas evoca, ante todo, una idea de cantidad y de anonimato, Emmanuel Le Roy Ladurie tiene esperanzas en una “historia sin hombres” y Jacques Le Goff (que fue posteriormente autor de dos importantes biografías históricas) escribe que la historia de las mentalidades estudia:

*“Lo cotidiano y lo automático, eso que escapa a los sujetos individuales de la historia porque es revelador del contenido impersonal de su pensamiento, eso que César y el último soldado de sus legiones, San Luis y el campesino de su finca, Cristóbal Colón y el marino de sus carabelas, tienen en común”.*⁴⁷

Refugios de la singularidad

⁴⁴ Cfr. Josef Konvitz, “Biography: The Missing Form en French Historical Studies”, en *European Studies Review*, 1976, 6; Marc Ferro, “La biographie, cette handicapée de l’histoire”, en *Le Magazine littéraire*, avril 1989.

⁴⁵ Marc Bloch, *Apologie pour l’histoire ou métier d’historien*, Paris, Cahiers de Annales, 1949. Traducción al español: México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

⁴⁶ Fernand Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l’époque de Philippe II* (1949), Paris, Armand Colin 1990, vol. II, pp. 21-23, 512-520. Traducción al español: México, Fondo de Cultura Económica, 1992. Cfr. Las observaciones críticas de Jacques Rancière, *Les mots de l’histoire. Essai de poétique du savoir*, Paris, Seuil, 1992, pp. 26-27.

⁴⁷ François Furet, “Pour une définition des classes inférieures à l’époque moderne”, en *AnnalesE.S.C.*, 1963, 18, pp. 459-474; Emmanuel Le Roy Ladurie, *Le territoire de l’historien*, Paris, Gallimard 1973, parte IV; Jacques Le Goff, “Les mentalités”, en Jacques Le Goff-Pierre Nora (eds.), *Faire de l’histoire*, Paris, Gallimard 1974, t. III, p. 80. Traducción al español: Barcelona, Laia, 1979

Durante algunas décadas, el gusto por lo singular sobrevive sólo en algunos rincones de la historiografía. Ante todo, gracias al proyecto prosopográfico. Desconfiado respecto de la Filosofía de la Historia y también de la historia de las ideas, Lewis Namier, piensa que los hechos sociales pueden ser explicados sólo explorando científicamente las raíces del comportamiento individual. Su método microscópico prevé la división de los hechos sociales en un infinito de existencias particulares, para ser integradas sucesivamente en conjuntos más vastos. El objetivo es “conseguir familiarizarse con la vida de miles de individuos, con la completa multitud de hormigas, ver sus archivos extenderse en diversas direcciones, comprender cómo están conectados y correlacionados, observar las hormigas individualmente y aun así nunca olvidar el hormiguero”.⁴⁸

Sin embargo, su concepción puntillista -tomada esencialmente de los historiadores de la antigüedad romana y de los estudiosos de la aristocracia inglesa- asume, muchas veces, una dimensión antibiográfica, dado que la variedad del pasado es sacrificada en nombre de la regularidad. Tal como se señalará, muchos años más tarde, para Louis Bergeron y Guy Chaussinand-Nogaret el objetivo de la prosopografía es el de transformar el singularidad en pluralidad. Se trata de “encontrar a los hombres y, a través de ellos, preparar la definición de sus tipos. Más allá de la máscara sabia, encontrarse con la cara cotidiana, y las singularidades regionales, y de las fisonomías múltiples hacer surgir los rasgos comunes”.⁴⁹

Otra experiencia interesante irrumpe desde la sociología. A finales de los años diez, William Thomas y Florian Znaniecki escriben una obra monumental, *The Polish Peasant*, a partir de los testimonios personales de los inmigrantes polacos en los Estados Unidos (la correspondencia personal y también el relato autobiográfico de Wladek, considerado como un representante típico de la “masa culturalmente pasiva”).⁵⁰ El libro tiene una vida difícil. En parte por vicisitudes políticas: militante pacifista, Thomas es arrestado por adulterio en 1918 y rehabilitado sólo diez años más tarde (a propósito de las cuestiones biográficas...). Pero también por razones científicas, porque en un breve lapso, la sociología americana decide que los documentos personales no son confiables. El golpe de gracia llega en 1939 cuando Herbert Blumer decreta que el material biográfico, fundado sobre procedimientos irremediabilmente subjetivos, no permite alcanzar generalizaciones válidas y atendibles.⁵¹

El redescubrimiento de la biografía

Sin embargo, justamente cuando parece oficialmente muerto y sepultado, el mensaje biográfico es recogido por una serie de jugadores libres (como Richard Hoggart o Danilo Montaldi) que quieren dar la palabra a los que fueron olvidados por la Historia con la “H” mayúscula.⁵² Es justamente en esta perspectiva, tan lejana de aquella tradicional de la historia política, que de a poco se fue atenuando la desconfianza hacia la dimensión individual. Ligada a la memoria de los marginales y

⁴⁸ Lewis B. Namier, “The Biography of Ordinary Men”, in Lewis B. Namier, *Skyscrapers and other Essays* (1931), New York, MacMillan 1968, pp. 46-47.

⁴⁹ Louis Bergeron et Guy Chaussinand-Nogaret (sous la direction de), *Grands notables du premier empire*, Paris, Editions di CNRS 1978, p. VI.

⁵⁰ William I. Thomas and Florian Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America*, Chicago, The University Chicago Press, 1918-20. Traducción al español: Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 2006.

⁵¹ Cfr. Herbert Blumer, *An Appraisal of Thomas and Znaniecki's “The Polish Peasant in Europe and America”*, New York, Social Science Research Council, 1939; Sobre el descrédito de los documentos personales en la sociología americana, cfr. Howard S. Becker, *The Life History and the Scientific Mosaic*, introducción a Clifford R. Shaw, “The Jack-Roller” (1930), Chicago 1966, rist. en *Sociological Work. Method and Substance*, New Brunswick, N.J., Transaction Books 1970.

⁵² Cf. Richard Hoggart, *The uses of literacy: changing patterns in English mass culture*, Boston mass., Beacon Press 1961. Traducción al italiano: Roma, Officina 1970; Danilo Montaldi, *Autobiografie alla leggera*, Torino, Einaudi 1961; Danilo Montaldi, *Militanti politici di base*, Torino, Einaudi 1971. Cfr. También los trabajos de Rocco Scotellaro, *Contadini del Sud*, Bari, Laterza 1954; y de Oscar Lewis, *The children of Sanchez: autobiography of a Mexican family*, New York, Random House 1961. Traducción al italiano: Milano, Mondadori 1966.

de los excluidos (como en el caso de la historia oral, de los estudios sobre la cultura popular y de la historia de las mujeres), la reflexión biográfica se extendió a toda la historiografía durante las dos últimas décadas del siglo XX.⁵³ La crisis de la interpretación marxista y del estructuralismo indujo a muchos historiadores a interrogarse sobre la noción de individuo: en 1987 Bernard Guenée escribe que “el estudio de las estructuras parece darle un lugar demasiado amplio a la necesidad” y algunos años más tarde, Le Goff precisa que “ella puede incluso devenir un observatorio privilegiado”.⁵⁴

Desilusionados e insatisfechos con las categorías totalizantes de clase social o de mentalidad, que reducen el sentido de las acciones humanas a un subproducto de las fuerzas productivas o de los ambientes culturales, también los historiadores sociales, tradicionalmente más sensibles a la dimensión colectiva de la experiencia histórica, comienzan a reflexionar sobre los destinos personales.⁵⁵

Considero que estas nuevas experiencias historiográficas estuvieron caracterizadas por dos impulsos contradictorios. Por un lado, están impregnadas de esperanzas gigantescas, que van bastante más allá del trabajo “normal” de comprensión científica. El sociólogo francés Daniel Bertaux lo explica muy bien este punto, señala que en 1968 la biografía le pareció como un medio de conocimiento alternativo, antiautoritario, del pasado y también como un instrumento de lucha para cambiar a la sociedad.⁵⁶ Por otro lado, prevaleció generalmente una óptica resignada, minimalista, fundada sobre la extraña convicción de que estudiar a un individuo es una empresa simple. Por este motivo, Le Goff escribió:

*“lo que me aflige de la actual proliferación de biografías es que muchas son puros y simples retornos a la biografía tradicional superficial, anecdótica, llanamente cronológica, que se sacrifica a una psicología anticuada, incapaz de mostrar la significación histórica general de una vida individual. Es como el retorno de los emigrados luego de la Revolución francesa y del Imperio que no habían ni aprendido, ni olvidado nada”.*⁵⁷

En un congreso organizado en la Sorbona en 1985 fueron puestas en cuestión las razones que pusieron nuevamente en escena los destinos individuales y fueron descalificadas y asociadas a las facetas psicológicas. En este contexto, la biografía fue presentada como un agradable repliegue, “un

⁵³ Cfr. François Dosse, **Le pari biographique. Ecrire une vie**, Paris, La Découverte 2005. A este respecto, numerosas revistas han consagrado recientemente un número monográfico a la biografía. Cfr., en orden cronológico: **New Literary History**, 1977, IX, 1; **Nouvelle revue de psychanalyse**, 1979, 20; **Cahiers Internationaux de Sociologie**, “Histoires de vie et vie sociale”, 1980, XLIX, 2; **Revue des Sciences Humaines**, “Récits de vie”, 1983, 191; **Sigma**, “Vendere le vite: la biografía letteraria”, 1984, XVII, 1-2; **Poétique**, “Le biographique”, 1985, 63; **Sources**, “Problèmes et méthodes de la biographie”, Actes du Colloque, Paris, Sorbonne 3-4 mai 1985; **Diogène**, “La biographie”, 1987, 139; **Social Research**, “Reflections on the Self”, 1987; **Revue française de psychanalyse**, “Des biographies”, 1988, 52; **Enquête**, “Biographie et cycle de vie”, 1989; **Cahiers de Philosophie**, “Biographies. La vie comme elle se dit ...”, 1990, 10; **Revue des Sciences Humaines**, “Le Biographique”, 1991, 224; **Politix**, “La biographie. Usages scientifiques et sociaux”, 1994, 27; **Revue Pôle Sud**, “Biographie et politique”, 1994, 1; **Zeitschrift für Geschichte. Revue d'histoire**, “Biographie – Biographien-Biographie-Biographies”, 1995; **Revue d'Allemagne et des Pays de langue allemande**, “Le genre biographique dans les historiographies française et allemande contemporaines”, 2001, 33; **Revue des sciences humaines**, “Biographies”, 2001, 263; **Littérature**, “Biographiques”, 2002, 128. Desde 1978 existe también una revista dedicada exclusivamente al género biográfico: **Biography. An Interdisciplinary Quarterly**.

⁵⁴ Bernard Guenée, **Entre l'Eglise et l'Etat. Quatre vies de prélats français à la fin du Moyen Age**, Paris, Gallimard 1987, p. 14; Jacques Le Goff, **Saint-Louis**, Paris, Gallimard 1996, p. 15. Cfr. también Natalie Zemon Davis, **The Return of Martin Guerre**, Cambridge Mass., Harvard University Press 1983. Traducción al español: Barcelona, Antonio Bosch Editor, 1984; Jacques-Louis Ménétra, **Journal de ma vie. Jacques-Louis Ménétra compagnon vitrier au 18e siècle**, éd. par Daniel Roche, Paris, Montalba, 1982. El interés por la biografía fue después confirmado por Alain Corbin, **Le monde retrouvé de Louis-François Pinagot, sur les traces d'inconnu, 1798-1876**, Paris, Flammarion 1998; Anne-Emmanuelle Demartini, **L'affaire Lacenaire**, Paris, Aubier 2001; Philippe Artières et Dominique Kalifa, **Vidal, le tueur des femmes. Une biographie sociale**, Paris, Perrin 2001.

⁵⁵ Cfr. La editorial “Tentons l'expérience”, **Annales E.S.C.**, vol. 44, núm. 6, 1989.

⁵⁶ Daniel Bertaux, “From the Life-History Approach to the Transformation of Sociological Practice”, en **Biography and Society. The Life History Approach in the Social Sciences**, Beverly Hills, Sage Publications, 1981.

⁵⁷ Jacques Le Goff, “Comment écrire une biographie historique aujourd'hui?”, **Débat**, 1989.

instrumento modesto, que puede ayudar a ilustrar las largas tendencias y las estructuras, pero que no puede pretender convertirse en un estímulo intelectual”.⁵⁸ Desde esta perspectiva, la historia de vida tendría simplemente una función sugestiva (de exploración preliminar del problema) o ilustrativa (las hipótesis teóricas son establecidas a través de otros procedimientos de investigación y la anécdota personal usada como un ornamento, la cereza sobre el postre). En ambos casos, no se consideran sus potencialidades para ser utilizada para comprender la vida social. Se piensa en la biografía como el adorno de un discurso original, como una pieza válida para concretar la técnica del “sándwich”, que consiste en acomodar una feta de existencia individual entre un trozo de contexto y otro.⁵⁹

Entre la teoría general y los testimonios individuales

De a poco, y a veces también gracias a algunas intervenciones críticas (como las de Pierre Bourdieu y otros investigadores)⁶⁰, surgió la necesidad de salir de cierta inconsciencia metodológica. Por lo tanto, los historiadores comenzaron a hacerse preguntas esenciales: ¿la vida de un individuo puede iluminar el pasado? ¿Los testimonios personales permiten formular hipótesis generales? Y, por otro lado, en la vida de una persona: ¿qué es importante y qué no lo es? ¿Cuáles son las categorías que explican una vida: la libertad, la independencia nacional, la democracia o el ejército, la escuela, la familia o las clases sociales, el capitalismo o tal vez que otra cosa más (el ruido, la contaminación...)?⁶¹

Partiendo y propiciando estas preguntas se desplegó la microhistoria. Como la historia de las mujeres y la historia de la cultura popular, también esta experiencia historiográfica fundada sobre la experimentación, intentó restituir dignidad personal a los vencidos de la historia, a las víctimas del pasado.⁶² En 1976, Carlo Ginzburg utilizó la célebre pregunta de Bertolt Brecht (¿“Quién construyó Tebas de las siete puertas?”) para dar la palabra a un molinero friulano del 1500. Y, en los años sucesivos, la puesta en juego fue relanzada por Giovanni Levi. Si el molinero Menocchio lleva todavía algún signo de heroísmo, Giambattista Chiesa es realmente un hombre cualquiera.⁶³

En ambos casos, la pasión política de estos historiadores fue a la par del compromiso metodológico. Los materiales biográficos fueron utilizados en modo agresivo, para resquebrajar las homogeneidades ficticias (como la institución, la comunidad o el grupo social) y, por lo tanto, para reflexionar más seriamente sobre el equilibrio entre el destino personal y el sistema social.⁶⁴ Hurgando en los intersticios de los sistemas normativos, la microhistoria descubre que el contexto

⁵⁸ Hubert Bonin, “La biographie peut-elle jouer un rôle en histoire économique contemporaine?”, en **Problèmes et méthodes de la biographie** op cit., p. 173; cf. también Felix Torres, “Du champ des *Annales* à la biographie: réflexions sur le retour d’un genre”, *ibid.*, pp. 141-148.

⁵⁹ La expresión “técnica del sandwich” es del historiador inglés Charles Firth: cfr. Godfrey Davies, “Biography and History”, en **Modern Language Quarterly**, 1940, 1, pp. 79-94.

⁶⁰ Cfr. Bourdieu, Pierre, “L’illusion biographique”, en **Actes de la Recherche en Sciences Sociales**, núm. 62-63, 1986, pp. 69-72.

⁶¹ Gregory Bateson, **Steps to an Ecology of Mind**, Chandler Publishing Company 1972, p. 475. Declara que los sucesos más importantes de su vida fueron el Tratado de Versailles y la revolución cibernética y comenta: “tal vez os sorprenderéis de que no haya recordado la bomba atómica y ni siquiera la segunda guerra mundial. No recordé la difusión del automóvil o de la radio y de la televisión y muchos otros hechos que sucedieron en los últimos sesenta años”.

⁶² Cfr. Carlo Ginzburg et Carlo Poni, “Il nome e il come. Mercato storiografico e scambio diseguale”, en **Quaderni storici**, 1979, 40, pp. 181-90.

⁶³ Cfr. Carlo Ginzburg, **Il formaggio e i vermi**, Torino, Einaudi, 1976. Traducción al español: Muchnik Reditores, Barcelona, 1976; Giovanni Levi, **L’eredità immateriale**, Torino, Einaudi, 1985. Traducción al español: Nerea, Madrid, 1990.

⁶⁴ Cfr., entre otros, Maurizio Gribaudi, **Itinéraires ouvriers. Espaces et groupes sociaux à Turin au début du XX siècle**, Paris, Editions de l’EHESS, 1987.

histórico se parece más que a un conjunto compacto y uniforme, a un tejido conectivo con campos eléctricos de diversa densidad.⁶⁵

Es un paso extremadamente importante para la Historia y para la *polis*, que devela toda la pobreza del concepto de pertenencia: la vida social aparece como un conjunto de círculos o grados, cada uno de los cuales envía hacia otro, el centro de uno está en la periferia de otro y así hasta el individuo. Cada individuo aparece como una entidad híbrida, como un punto de intersección entre varias experiencias sociales.⁶⁶ Esta concepción contiene algo de vertiginoso en sus formulaciones, el trabajo de contextualización aparece como algo inagotable (cada espacio y cada época envían hacia otro espacio y otro época). No sé si en estos últimos años estuvimos en condiciones de resolver este sentimiento de vértigo. Me pregunto si no hemos intentado atenuarlo y hasta negarlo demasiado seguido. Hasta el punto de compensarlo con dos utopías.

La primera utopía es aquella de la representatividad biográfica: ella promete descubrir un punto que cierre todas las cualidades del conjunto. El historiador debería trabajar en dos tiempos: primero sacando de su guarida al individuo representativo (el campesino normal, la mujer normal, etc.), luego extendiendo en modo inductivo sus cualidades a una completa categoría (la clase campesina, el género femenino, etc.). En su libro sobre Joseph Sec, Michel Vovelle afirma, por ejemplo, que el individuo “testimonia por un grupo” (la burguesía francesa del siglo XVIII). Por su parte, Joël Cornette busca en la vida de Benoît Lacombe “ya no al Único, sino un espejo que refracte todo un mundo”.⁶⁷ Se trata de una perspectiva que integra el estudio biográfico con una forma de generalización, pero que da lugar a investigaciones de experiencias cercanas al promedio: son exaltados los aspectos más comunes (o, por lo menos, aquellos entendidos como tales) y silenciadas las particularidades y los detalles personales.⁶⁸ Quienquiera que haya trabajado con fuentes biográficas (diarios, correspondencias, memorias, etc.) sabe que, para concretar esta utopía, se termina inevitablemente aplanando la especificidad de los destinos personales y puliendo la porosidad del pasado. De manera aparentemente inocua, se terminan desestimando, y hasta corrigiendo, los elementos particulares de la biografía (una operación que recuerda los consejos de los positivistas sobre la eliminación de las idiosincrasias individuales).⁶⁹ El resultado de este trabajo cotidiano de “censura” es más bien melancólico, dado que el tiempo histórico aparece como una profundidad inmóvil, privada de huellas digitales.⁷⁰

La segunda de las utopías se puede denominar como “el error naturalista”. En este caso, el historiador no busca un punto que le permita reflexionar milagrosamente sobre la historia en su conjunto (una época, una sociedad dada, o un grupo social, por ejemplo), y se dice: “quiero restituir la historia de cada individuo”. El inteligente desafío lanzado por Giovanni Levi de cultivar el pasado de manera intensiva (a través de la reconstrucción de los “episodios biográficos de cada habitante de la aldea de Santena que haya dejado un rastro documentado”)⁷¹, suscitó con frecuencia la esperanza en la segunda generación de historiadores de la microhistoria, de hacerle competencia

⁶⁵ Cfr. Jacques Revel, **Microanalyse et construction du social**, introducción a **Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience**, Paris, Gallimard 1996.

⁶⁶ Cfr. Edoardo Grendi, “Microanalisi e storia sociale”, en **Quaderni Storici**, 1977, 35, que a este respecto, formuló el oximoron “excepcional normal”.

⁶⁷ Cfr. Michel Vovelle, **L'irrésistible ascension de Joseph Sec, bourgeois d'Aix**, Aix-en-Provence, Edisud 1975; Joël Cornette, **Un révolutionnaire ordinaire. Benoît Lacombe, négociant 1759-1819**, Paris, Champ Vallon 1986.

⁶⁸ Sobre los riesgos implícitos en esta operación de tipificación cfr. Bernard Lepetit, **De l'échelle en histoire, in Jeux d'échelles**, op. cit., p. 78; Alain Boureau, **Histoires d'un historien. Kantorowicz**, Paris, Gallimard 1990, pp. 75-76.

⁶⁹ Italo Calvino lo experimentó sobre sí mismo: “ahora debo resguardarme de otro error o costumbre de quien escribe recuerdos autobiográficos: aquel de tender a configurar la propia experiencia como una experiencia “media” de una generación y ambiente dados, resaltando los aspectos más comunes y dejando en la sombra aquellos más particulares y personales. A diferencia de como hice otras veces, ahora querría dejar a la luz los aspectos que se separan más de la “media” italiana, porqué me convencí de que se puede encontrar siempre más verdad de la excepción que de la “media”. (trad. propia de la cita). Cf. Italo Calvino, “Un'infanzia sotto il fascismo”, en **Eremita a Parigi: pagine autobiografiche**, Milano, Mondadori 1996. Traducción al español: Madrid, Siruela editores, 2008.

⁷⁰ Cfr. Giovanni Levi, “Les usages de la biographie”, en **Annales ESC**, 1989, 44, 6, p. 1325-1336.

⁷¹ Giovanni Levi, **L'eredità immateriale** op cit., pp. 4-5.

al registro civil (usando la célebre expresión de Balzac). Es decir, la pretensión de describir el pasado de manera exhaustiva con el fin de elaborar categorías interpretativas que respeten plenamente la complejidad de la realidad empírica. Aparece así la idea del conocimiento como un doble exacto de la realidad, que recuerda a los cartógrafos evocados por Jorge Luis Borges, que, queriendo diseñar un mapa perfecto del Imperio, realizan uno “que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él”.⁷² ¡Una empresa imposible! Pero que aún si fuera posible: ¿sería suficiente? ¿Nos permitiría restituir la realidad viviente de una época?

La dialéctica del individuo y de la pertenencia

Frente a estas dos utopías, que presentan el riesgo de alejarse una vez más de la historia biográfica, me parece importante hacer nuevamente un salto hacia atrás, volver al *Methodenstreit* de hace más de cien años. Dado que hoy estamos todos, en cuanto sujetos políticos, obligados a interrogarnos sobre los límites del concepto de pertenencia, estimo que tal vez también estamos más preparados para aceptar algunas reflexiones de Wilhelm Dilthey que en su época fueron desestimadas, al menos por parte de los historiadores. Toda su reflexión sugiere que el mundo histórico no es comprensible en términos de pertenencia, aún menos todavía con ideas de propiedad o de asimilación. Un individuo no puede *explicar* a un grupo, a una comunidad o a una institución y viceversa, un grupo, una comunidad, o una institución no puede *explicar* a un individuo. Entre los dos polos existe siempre un espacio que es inagotable. Por un lado, las creaciones de la vida colectiva son sufridas, vividas y realizadas por los individuos, pero escapan a su control cubriendo un espacio más amplio que el biográfico. Existen desde antes de nosotros, continuarán después de nosotros: “estos vínculos atraviesan a los individuos, existen dentro de ellos, pero también van más allá de su vida y poseen una existencia independiente y un desarrollo propio que se expresan a través del contenido, el valor y el objetivo que ellos producen”.⁷³

Por otro lado, el individuo, cada individuo, es siempre un “nudo”: “un punto en el que redes de relaciones se entrecruzan” (Kreuzungspunkt). Aunque un individuo se encuentre modelado al extremo por las experiencias sociales, no es nunca reductible a una de ellas. En este sentido, Dilthey da el ejemplo del juez, que además de cumplir con su función en los tribunales, vive en varios otros “espacios dinámicos” (*Wirkungszusammenhang*): se ocupa de su familia, cuida sus intereses económicos, ejerce una función política, y a veces hasta goza escribiendo algunos versos.

Desde la perspectiva de Dilthey, ni siquiera la relación que existe entre una comunidad o una institución y una época o una civilización, puede definirse en términos de pertenencia. Sin dudas, cada época refleja una característica dominante, unilateral y, en ciertos momentos, la armonía entre los distintos ámbitos de la vida es particularmente intensa. Por ejemplo, el espíritu racional y mecanicista de siglo XVII influyó sobre la poesía, la praxis política y la estrategia bélica. Pero se trata de excepciones, porque los distintos ámbitos gozan de una cierta autonomía: “cada sistema individual de interacciones (...) tiene, a través de la proposición de valores y de su realización, su centro dentro de sí”.⁷⁴ En este marco, una civilización no es una entidad compacta y uniforme, no está hecha de una única sustancia, no es resumible en un pensamiento fundamental, es, en cambio, una red o un tejido precario de varias actividades en continuo movimiento (la economía, la religión, el derecho, la educación, la política, el sindicato, la familia, etc.).

Dilthey elabora así esta visión fundamentalmente pluralista del mundo histórico también sobre una base temporal. Siguiendo el camino de Johann Gottfried Herder, que pensaba que cada fenómeno tiene una temporalidad específica propia, Dilthey afirma que el tiempo histórico no es un

⁷² Jorge Luis Borges, *El hacedor*, Buenos Aires, Emecé 1960.

⁷³ Wilhelm Dilthey, “Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften” (1910), en *Gesammelte Schriften*, Stuttgart/Göttingen, Teubner/Vandenhoeck & Ruprecht, vol. VII. Traducción al inglés: *Selected Writings*, Cambridge University Press 1976, pp. 180-181.

⁷⁴ *Ibid.*, p. 183.

movimiento rectilíneo ni un flujo homogéneo. Por ejemplo, el siglo XVIII está habitado, contemporáneamente por el Iluminismo, por Bach y por el pietismo. Esta época:

“en la cual se expresa en los más diversos campos de la vida la dirección dominante del Iluminismo alemán, no determina a todos los hombres que pertenecen en ese tiempo, y también allí donde ella influye, encuentra a su lado otras fuerzas. Se hacen valer las oposiciones de las épocas precedentes y particularmente, se demuestran eficaces las fuerzas que se atan a situaciones y a ideas antiguas, buscando, sin embargo, darles una nueva forma”.⁷⁵

Lejos de una imagen uniforme y achatada del devenir, Dilthey considera la totalidad histórica como un conjunto flexible, conflictual, en el que conviven fuerzas discrepantes que se rebelan contra el “espíritu de una época” (*Zeitgeist*). En esta visión, tal como lo dirá Siegfried Kracauer, la expresión “curso del tiempo” debería ser suplantada por aquella otra “curso de los tiempos”.⁷⁶

Profundamente sensible a la vitalidad periférica de la Historia, Dilthey es obligado a enfrentar la sensación de vértigo que nutre a toda la historia biográfica. Pero, fiel al ejemplo del juez que compone poesías, no cede ni a la ilusión de la representatividad ni a aquella naturalista. Nos propone otro camino: aceptar el carácter circular del conocimiento. Para entender la totalidad debemos entender a las partes, pero para entender a las partes debemos entender el todo. Entre las dos operaciones existe una recíproca dependencia, la una se nutre de la otra: “una exploración histórico-universal de la totalidad presupone la comprensión de las partes que la constituyen o comprenden”, sin embargo, “la comprensión de lo particular depende del conocimiento de lo general”.⁷⁷ En otros términos, en lugar de buscar vencer la sensación de vértigo, Dilthey trata de manejarla: “así, el método trabaja en una dirección dual. Dirigido hacia lo particular va de la parte al todo y de regreso del todo a la parte; dirigido hacia lo general la misma interacción se mantiene entre éste y lo particular”.⁷⁸ Nos sugiere así que el trabajo de contextualización es interminable (que cada espacio y cada tiempo remiten a otro espacio y a otro tiempo) pero que esto no representa necesariamente un inconveniente o una maldición. Se trata, tal vez, de una ocasión única para conocerla riqueza humana.

Por supuesto, aceptar esta sugerencia, acoger positivamente a la naturaleza incompleta de la Historia, no es en absoluto simple. Significa reconocer que cada representación implica un arte hermenéutico y, por lo tanto, aceptar la importancia de la imaginación histórica. De este modo, retornamos al punto de partida, y nos dirigimos a una página olvidada del discurso sobre el deber del historiador pronunciado en 1821 por Wilhem Humboldt, que nos recuerda que para encontrar la verdad del pasado, no basta: “una enumeración y presentación de los eventos”. Para “conseguir reunir los fragmentos en un todo” el historiador debe usar su imaginación. Lo que no significa en absoluto que él pueda o deba inventar lo que sucedió. Sólo quiere decir que debe ensanchar lo más posible su propia humanidad –una tarea en absoluto sencilla-, para dejarse impregnar por las realidades pasadas. Como el artista, también él cumple una obra de imitación, también él busca una verdad interior. Sin embargo, su objetivo es bien diferente. Para construir una totalidad a partir de fragmentos, “el artista simplemente quita de la realidad su apariencia efímera, simplemente toca la realidad con el propósito de apartarse de ella; el historiador, en cambio, busca solamente de la realidad y tiene que sumergirse profundamente en ella”. En lugar de suspenderse en el aire por encima de la realidad, los historiadores subordinan su imaginación a la investigación. “En esta

⁷⁵ Ibid., p. 282.

⁷⁶ Siegfried Kracauer, *The Last Things Before the Last*, New York, Oxford University Press, 1969. Cfr. También, Walter Benjamin, *Ursprung des deutschen Trauerspiels* (1928), Frankfurt am Main, Suhrkamp Verlag 1963. Traducción al inglés: *The Origin of German Tragic Drama*, London, NLB, 1977.

⁷⁷ Wilhelm Dilthey, “Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften” (1910), pp. 196, 188.

⁷⁸ Wilhelm Dilthey, “Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften” (1910), p. 190.

subordinación, la imaginación no actúa como pura fantasía; más apropiadamente, debe llamarse facultad intuitiva o habilidad conectiva”.⁷⁹

Traducción del Italiano: Antonio Natolo

Revisión general, edición y cotejo con versiones en Inglés y en Francés: Paula Bruno

⁷⁹ Wilhelm Dilthey, “Der Aufbau der geschichtlichen Welt in den Geisteswissenschaften” (1910), pp.57-60.